



Morir y dejar morir

FACTOTUM
EDICIONES

Brindisi, José María

Morir y dejar morir / José María Brindisi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2026.

272 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-75-4

1. Literatura Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A86o

© José María Brindisi, 2026

© Factotum Ediciones, 2026

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Edición integral: Fátima Nieves García

Fotografía de tapa: Luis Sens

Fotografía de solapa: Carolina Castagnola

ISBN 978-987-4198-75-4

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*


No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Morir y dejar morir

José María Brindisi

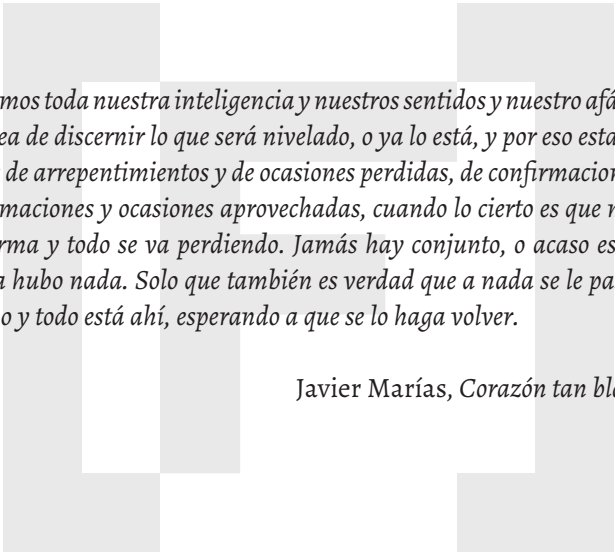
FACTOTUM
EDICIONES





*Para Pablo Montiel, un socio como ningún otro.
Y para Franca y Silvia, siempre.*

FACTOTUM
EDICIONES



Volcamos toda nuestra inteligencia y nuestros sentidos y nuestro afán en la tarea de discernir lo que será nivelado, o ya lo está, y por eso estamos llenos de arrepentimientos y de ocasiones perdidas, de confirmaciones y reafirmaciones y ocasiones aprovechadas, cuando lo cierto es que nada se afirma y todo se va perdiendo. Jamás hay conjunto, o acaso es que nunca hubo nada. Solo que también es verdad que a nada se le pasa el tiempo y todo está ahí, esperando a que se lo haga volver.

Javier Marías, *Corazón tan blanco*

FACTOTUM
EDICIONES

Capítulo 1

111 días antes de que el Diablo hablara

Peón cuatro alfil.

El alfil de la dama, sí, no hacía falta aclararlo. Ambos lo hubiésemos tomado casi como un insulto. ¿Quién, que no fuese virgen o idiota, movería el peón del rey?

Peón cuatro alfil dama, entonces, P4AD: los dos preferíamos la vieja anotación en lugar de esa suerte de grilla, de simplificación rudimentaria y burocrática a la que habían empujado a un juego sagrado y milenario buscando quizá que se acercaran a él vaya uno a saber quiénes y para qué, para darle qué usos o con qué obtusas intenciones. No estoy siendo elitista, ni gregario: el ajedrez es un juego hermoso, que estimula el razonamiento lógico, la creatividad, la fuerza interior; también enriquece la proyección cerebral, la entereza de carácter, desde luego la concentración, desde luego el pensamiento estructural, y ni qué hablar del sentido, transportable en infinitud de órdenes al resto de la vida, de la táctica, y entonces necesariamente de la estrategia.

Todavía más: la abrumadora mayoría de los Premios Nobel han sido grandes jugadores de ajedrez, como todo el mundo sabe o debería saber (me han dicho que está de moda

despreciar el Nobel, el Pulitzer, el Oscar y otro tipo de reconocimientos, aunque como mínimo tendremos que aceptar que esas luminarias llegaron adonde llegaron por algo). Pero incluso hay un detalle, o bastante más que eso, que muy pocos conocen o intuyen: casi todos los jugadores de ajedrez, al menos hasta donde se lo permita el tiempo, la edad y sus destrezas innatas, son *atletas*. Atletas, sí: de otro modo no se explica que resistan, corporal y mentalmente, semejante cantidad de horas diarias frente al tablero, horas que incluyen una presión febril y un grado de tensión inverosímil, sin una preparación física que los resguarde, que los ponga a salvo de un colapso casi seguro. Pregúntenle a Kasparov, si no, que en sus años jóvenes hacía en la pista tiempos olímpicos; sospecho que no habrá sido el único entre los rusos, incluso entre los rusos renegados como él: Spasski era una pluma, y Petrosian, que rigurosamente no era ruso pero tenía el derecho de serlo, casi se desvanecía en el aire. ¿Acaso alguien ha visto, alguna vez, a un ajedrecista obeso? De acuerdo, está Anand, al fin y al cabo otro de los insondables misterios de la India. Hagámoslo a un lado, más allá de su genio. No es posible contar la Historia de la Humanidad, ni en realidad la historia de nada, haciendo caso de sus excepciones o caprichos.

No voy a ser yo quien pretenda expulsar a nadie de un juego que regala, que desparrama generosamente innumerables beneficios, esos y tantos otros que he olvidado, o que no vienen al caso.

Bienvenidos sean todos a nuestro reino. Sean bienvenidos, pero tengan piedad y no intenten convertir el vino en agua.

Así que yo había jugado peón cuatro alfil dama; era apenas el segundo movimiento y entonces me pareció absurdo que se demorara tanto. Ya debía haber comprendido que estaba empujándolo a una siciliana, lo que equivalía a desafiarlo en su propio terreno con su apertura, o más precisamente defensa, favorita.

De pronto se me ocurrió que podía estar tomándose revancha de las veces, a esta altura unas cuantas, en que su impaciencia había provocado la mía, a su vez un módico y sórdido desquite de mi parte no solo respecto de su notoria superioridad frente al tablero, sino de otras cosas que no tenía por qué cobrarle pero que tal vez, desde un oscuro e injustificado recodo de mi cerebro, exigían no ser sepultadas antes de tiempo, no al menos antes de que nuestra relación, en constante metamorfosis, nos obligara a hacer cuentas más estables. Teníamos un presente, que se sostenía en poco más que el ritual de las partidas, pero asimismo habíamos tenido un pasado, y yo secreta o pudorosamente esperaba, sin duda por causas bien distintas a las suyas, que tuviésemos algo así como un futuro.

Mi orgullo o mi ego me habían hecho creer –o entre todas las partes habíamos pactado con esa ficción volviéndola probable, incluso lógica– que Julio había tomado conciencia del cambio operado en mí, es decir en nosotros, a partir de la maduración que venía produciéndose, ahora que yo parecía recuperar la memoria, en mi juego. Le había ganado dos de las últimas cinco o seis partidas –dos de siete, para qué mentir–, y no era descabellado imaginar que el péndulo que regía el tono de nuestras batallas debía, o al menos podía, estar equilibrándose.

Yo había jugado, además, la tarde del viernes; por cierto hablaba bastante mal de mí que pensara que solo porque me doblaba o casi triplicaba en edad no pudiese tener un fin de semana atiborrado de emociones, una agenda explosiva, todo esto, quiero decir mi prejuicio no del todo razonado, suponiendo que mi vida –que la agenda que no tenía, y por cierto la metáfora me quedaba holgadísima– contrastara de veras con la apacible existencia de hombrecito ya más que maduro que yo caprichosamente insistía en endilgarle. De todos modos era más que una suposición, tuviese o no que ver con las numerosas veces que su calendario había dado vuelta la página: más allá de su aceitada pirotecnia sexual –recordaba perfectamente aquella noche en que me demoré tal vez demasiado, cuando

todos los demás ya se habían ido, y no pude evitar cruzarme con una mujer bellísima cuyo nombre entonces no supe, una mujer incluso perturbadora que debía estar más cerca de mi edad que de la suya, que Julio anticipó con un gesto tímido, más pícaro o inocente que lascivo u ostentoso, el índice cruzado sobre los labios y el ruego empático de que nada de eso fuese a escapárseme delante de Livia-, es decir más allá de la fluidez de sus escarceos o su gimnasia sentimental, lo cierto era que yo conocía con bastante exactitud sus rutinas, sus cuatro o cinco prioridades, que al fin y al cabo no eran muy distintas de las mías: leer (él siempre mucho más que yo, al punto de que a veces, en particular en la época en que nos conocimos, me veía obligado a mentirle), escribir (de eso mejor no hablar), ver películas (compartíamos *dealer*, un obsesivo al que deberían haber puesto al frente de la Cinemateca Mundial, en caso de que existiera), cocinar (ambos éramos buenos), dormir (ahí yo le ganaba), dedicarle un rato al amor o a lo que fuese que se le aproximara (dolorosamente parecía llevarme amplia ventaja), beber (empate).

Sabía entonces de sus costumbres y podía hacerme una idea bastante aproximada de sus fines de semana, pero al mismo tiempo nos veíamos solo muy ocasionalmente, hablábamos más salteado que en otras épocas no tan lejanas, y bien podría haber sucedido que viajara sin mencionármelo, o que estuviese enredado en una relación que le consumiera el cuerpo y parte del alma, o que se hubiese casado una prima y él todavía no acabara de reponerse de la borrachera. Y aun así, la habitual ansiedad que lo embargaba cuando nuestras partidas estaban en marcha, ansiedad que sin duda se potenciaba a partir del arcaico *modus operandi* con el que nos manejábamos –yo había sido el último entre mis amigos en comprarme un teléfono celular, pero Julio no quería saber nada con esa más o menos reciente y perversa costumbre o necesidad de estar todo el tiempo disponible-, llamándonos solo para pasarle al otro la nueva jugada, o bien dejando un mensaje en el contestador, que en mi caso

sostenía ya casi solo para él –y para mis tíos Carlos y Norma, que cada vez que lo utilizaban le agotaban casi toda la cinta– y que muchas veces olvidaba chequear, esa ansiedad que hacía que en ocasiones replicara su mensaje original un par de veces “por las dudas”, una aclaración que desde luego no era más que el eufemismo de un llamado de atención, una amonestación pasiva, esa impaciencia, trato de decir, llevaba casi setenta y dos horas ausente. Por lo general, Julio contestaba enseguida, es decir realizaba sus movimientos sin pensarlos demasiado, y mi orgullo sufría al sospechar primero, y luego comprobar, que casi nunca se equivocaba, o que al menos hacía la mejor jugada entre las posibles. Él minimizaba en voz alta esa repentización, con una modestia falsa que no se preocupaba mucho en fingir, y una de las escasas armas que yo tenía a mi disposición, para que el contraste no fuese tan evidente, era exagerar mis ocupaciones, llevándolas a veces a un grado de fantasía que lo ecléctico de mi mobiliario o de mi guardarropa, o el vacío existencial de mi alacena, tenían cero posibilidades de apuntalar.

Pasé ese fin de semana regocijándome, aunque muy tíbicamente, en la chance bastante fantasiosa de que mi jugada del viernes lo hubiese desconcertado, por algún motivo que no valía la pena desentrañar: hacerlo solo me hubiese llevado a la desilusión, a la pasmosa evidencia de que ese tímido anhelo no tenía sustento alguno. La única posibilidad remota de que dicha quimera se hubiese materializado solo podría deberse, ya lo dije, a la elección de mi apertura, a la paradoja de que eligiera, con prepotencia absurda, invitarlo a combatir en su terreno predilecto. ¿Pero cuánto podría haberlo desorientado? Una sonrisa reverberando en el arqueamiento de una ceja, una aseveración ligeramente sarcástica mientras se servía alguno de los aperitivos italianos –Lombroni o Lunfa– que yo detestaba, un puñado de sílabas cómplices dirigidas a su ocasional *partenaire*, y todo regresaría de inmediato a su cauce. Por mi parte, de vez en cuando merodeaba la mesita renga que compasivamente me

había regalado una exnovia, aprovechando que en el bar de Almagro en el que trabajaba habían comprendido que o se renovaban o morirían pronto, la mesita en la que apenas entraba el tablero y, no sin un alto riesgo, una taza o copa de lo que fuera, y observaba la disposición de las piezas, el desarrollo menos que incipiente, como si se tratase del desembarco en Normandía; incluso levantaba el peón, el dichoso peón que ahora ocupaba el cuarto casillero, lejos ya de la protección solo ilusoria de su alfil, y ratificaba el movimiento, depositándolo en el mismo lugar, todavía yo más consciente de su destino que él mismo, todavía más belicoso yo, más infecto, más necesitado de la guerra que él en su anonimía, en su naturaleza intercambiable, en su espíritu melindroso y servil.

Tampoco era que hubiese estado pensando todo el fin de semana en Julio. Entre otras cosas, los adventistas habían vuelto a llamarme, o en realidad habían llamado a Diana y ella había acudido una vez más a mí, con la admiración de siempre, y por desgracia también con la acostumbrada estrechez bancaria. Algunas veces ni siquiera se molestaba, Diana, como si integrásemos formalmente un equipo en paridad de condiciones, en aclarar cuánto pensaba pagarme, o en hacer la pregunta que en rigor no era más que retórica. Yo iba a decir que sí, ambos teníamos plena conciencia de ello, y lo único que me ponía a resguardo de esa sutil pero punzante humillación periódica era la poderosa tristeza que emanaba del diseñador gráfico, con quien habíamos desarrollado una suerte de amistad que podía prescindir de cualquier confianza o demostración íntima. Como todos los diseñadores, Fabián se consideraba un artista; hacer avisos o diagramar revistas equivalía a despellejarlo vivo, negándole cualquier posibilidad de redención. Una pieza gráfica para Hush Puppies significaba borrar el legado y la visión de Leonardo; un folleto para IBM hacía olvidar que alguna vez había existido un Miguel Ángel; la terapéutica ilusión de los adventistas, con su confusión doctrinal y su optimismo dietológico, no hacía más que enterrar el milagro que Bernini y

Brunelleschi habían esparcido en la superficie del mundo, es decir de nuestra sempiterna mediocridad.

Yo había tenido, a propósito de los irreprochables adventistas y su célebre Centro de Vida Plena, no me animaría a decir mis quince minutos de fama pero sí, redondeando, unos cinco segundos de gloria: aquel primer número en el que el director del centro, valiéndose de dos o tres conectores utilizados como estribillos para crear un espejismo de coherencia y, antes que nada, la sabiduría de conocer sus límites y no extenderse más que un puñado de párrafos, había contado para quien quisiera oír el origen de todo. No me refiero a Dios, su agotadora performance, el merecido descanso dominical y esas cosas, sino al espacio que habían construido en las afueras de la ciudad de Santa Fe, algunos años atrás, al –hay que admitirlo– ingenioso dogma que convertía una alimentación adecuada en el combustible esencial del alma –aunque uno hubiese creído que con Dios bastaba para pagar esa cuenta– y a los logros, provechosamente incontables, que habían alcanzado durante ese tiempo, y sus objetivos para un futuro que no podía menos que resplandecer. No recuerdo con precisión el título original que el director o acaso el jefe de la inexistente redacción alumbraran para dicho manifiesto, pero sí que me llevó menos de lo que Diana tardó en exprimir el saquito con el que preparó nuestros tés –apostarí que hubiese logrado sacar un par más, en caso de necesitarlo, pero esa vez éramos solo ella y yo– destruirlo y pensar una basura infinitamente más decente. El de ellos, palabra más o menos, decía, aunque puede que me traicione en algo mi ascendencia beatlesca: “El largo y sinuoso camino hacia la salud y la plenitud espiritual”. ¿Era posible? Todo es posible, como sabemos. Palabra más o menos uno de ellos había escrito eso, Diana me lo mostró y huyó a preparar el té para no tener que sostenerme la mirada, y al instante yo contraataqué: “Piedra sobre piedra”, dije, con ganas, con una urgente necesidad de que el mundo fuese de veras un lugar mejor. Solté la frase, y me quedé mirándola fijo no porque reclamara mi premio, sino porque

de pronto ella se puso pálida: faltó poco, faltó casi nada para que se derrumbara. Las piernas le flaquearon, aunque enseguida lo disimuló; por un momento pensé que había decidido que ya era suficiente, que podía abandonar su breve y brillante actuación, pero enseguida comprendí que era sincera, al menos respecto de la impresión que mis palabras le habían causado. Se acercó hasta la mesa, se sentó frente a mí, negó con la cabeza como si no tuviese más remedio que rendirse frente al hallazgo y antes de dar el primer sorbo, el primero de los infinitos que le llevaría vaciar la taza, me preguntó, o le preguntó indirectamente a Dios, cómo hacía yo, cómo era posible que las palabras acudieran a mí de ese modo (y por supuesto no lo decía, pero el complemento tácito de esa idea nos llevaba a mi ridículo título de perito mercantil y al turismo de aventura que había hecho en la Facultad de Filosofía y Letras durante un par de años).

Yo agradecí internamente la célebre ignorancia, la reconocida aversión a la lectura que suele campar en el ámbito de la publicidad y sus órbitas de influencia, es decir la nula posibilidad de que Diana o alguno de los suyos descubriera la cita o se sintiera tentado a reducir mis iluminaciones a meras operaciones intertextuales, y sonreí pudoroso, por qué no borgeanamente, como si me hubiesen atrapado dándole las últimas pinceladas a mi propio Aleph.

Los adventistas habían reaparecido luego de unos meses, con renovados bríos, más bien con la necesidad de renovarlos y que otros se ocuparan de ello. Se les había ocurrido, con perversa naturalidad, que lo mejor que podíamos hacer era pasar un fin de semana en Santa Fe, en sus instalaciones, como un modo de compenetrarnos todavía más con el proyecto y tener, juntos, eso que en terrenos como el del marketing y otros todavía más sórdidos solía llamarse “tormenta de ideas”. En lo primero que pensé, cuando Diana lo mencionó, fue en la fabulosa Tormenta del Desierto; era probable que esta vez la suerte no fuese mejor. Al parecer la invitación de los adventistas había estado dirigida a Diana y a su lugarteniente Sandro, pero este último, con la inteligencia

o la picardía que por lo general me costaba reconocerle, había logrado escaparle al convite, aludiendo a un vago conflicto entre su primogénito –una bestia inclasificable con la que alguna vez me había topado, cuya visión incluso fugaz bastaba para perder toda esperanza en la especie humana– y la escuela a la que iba. Diana entonces había trasladado esa invitación a mi persona, doblando incluso la apuesta enfáticamente, con el argumento de que en realidad mi presencia era mucho más importante allí que la de Sandro. Confieso que por un momento se me pasó por la cabeza convencer a Diana de que la de Fabián, nuestro Leonardo, era todavía más indispensable que la mía, la de Sandro o, si se lo pensaba con cuidado, la de ella misma. No por maldad, o al menos no se trataba de la razón principal –de vez en cuando la liturgia depresiva de Fabián despertaba en mí ráfagas violentas–, sino para tener compañía, y más allá, para poder reírme con un cómplice de las delicias con las que seguro nos encontraríamos; la risa necesita de cierta reverberancia, de un ir y volver. Privó la bondad, al fin y al cabo, o quién sabe el hecho incontrastable de que la sonrisa de Fabián no lograra tomar forma en mi cerebro, no al menos con la claridad como para que su mueca se transformase en una suerte de promesa.

Ese fin de semana me era imposible, le dije a mi jefa o mentora, con una firmeza que los dos simulamos tomar en serio. Extendimos el martirio, pues, una semana. El resultado fue que ya no podía pensar en otra cosa –peón cuatro alfil... ¡peón cuatro alfil!–, y que entonces se me arruinaría no ya un fin de semana, sino los dos.

Era cierto que el silencio de Julio me había extrañado, pero dicha extrañeza no tomaba –y esa reticencia o ceguera llegaría a transformarse en culpa–, ni mucho menos, la forma de una preocupación. Sí de una ligera intriga; quizá incluso de un rumor tímido, uno de esos que fluyen por debajo de la superficie sin

que logremos identificarlos ni que nos convoquen abiertamente. Recién el domingo por la noche comencé a escuchar ese rumor como si hubiese decidido proyectarse en voz alta, y al rato, acaso un eco de mis elucubraciones, recibí el llamado.

Había sido un día apacible, a pesar de la insistencia con que mis pensamientos se proyectaban hacia el futuro cercano, tomando a la pasada las escasas perspectivas de supervivencia –el río Paraná, las huellas o el aura de Juan José Saer– que me ofrecía en un resquicio de compasión; uno de esos días en que uno se desliza por el espacio como si este pudiese desprenderse del tiempo. En otro momento esa confusión emocional, incluso empírica, esa borrachera leve de los sentidos, me habría situado en una somnolencia o quietud a la que me hubiese costado renunciar. Ahora quería estar allí y no, la disfrutaba y a la vez algo me empujaba a huir, que no era otra cosa que huir de mí mismo. De todos modos, un artículo en el que por alguna misteriosa razón me había detenido pocos días atrás decía, para mi tormento, que eso era del todo imposible: una voz autorizada, de origen invariablemente alemán –¿Sennheiser? ¿O también me traicionaba mi petulancia de melómano?–, afirmaba que las raíces de toda personalidad se mantienen invariables, y que a lo sumo podemos trasladarnos de una planta a otra del mismo edificio, o de una calle a otra del mismo vecindario; acaso se molestaba –no he logrado retenerlo– en dar un par de ejemplos más para ilustrar debidamente la cuestión. Lo cierto era que no poseía ninguna chance de huir de mí mismo, y ese fin de semana en particular, de haber optado al menos por huir de mi departamento, no iba a ir muy lejos, dado que mis escasos pero valiosos deudores se habían puesto de acuerdo en olvidarme.

Recuerdo que dormí de mala gana una siesta, como si en el fondo esa debilidad me humillara; también, que en algún momento del día resucité el librito de Bent Larsen, el héroe de mi infancia, o más concretamente de la de mi hermano –que lo había visto de cerca las dos veces que estuvo en Buenos Aires–, y repasé algunas de sus partidas, oteando de lejos mi tablero al

calor de su influjo, convocándolo a unirse al penoso ritual de mi esperanza; recuerdo además que en determinado momento sentí un llanto en alguno de los departamentos vecinos, un llanto casi susurrado, íntimo, tan contenido que no podía ser otra cosa que verdadero: salí al pasillo, aunque tratándose de un PH, en los que suele escucharse hasta el mínimo sonido, resultaba apenas un gesto absurdo de mi parte, tal vez ansioso, un modo de hacerme presente pero solo ante mí mismo, ante ese del que nunca podría escapar –el alemán no había dejado ni un resquicio de duda– y al que las lágrimas implosivas habían angustiado de manera incomprensible, dicho esto en el sentido pleno de la palabra dado que no existía, entre mis vecinos, nadie que pudiese responder al perfil de una mujer joven, ese que yo le otorgaba vaya uno a saber con qué intuiciones, o con qué necesidad de que se transformaran en certezas. Lo último que recuerdo es que me dejé llevar por esa docilidad tan propia de la primavera, por el optimismo de su luminiscencia residual, casi abusiva en su constancia, y me encontré completamente a oscuras, víctima de una transición que no había llegado a advertir, escuchando los compases finales de un disco de Bill Evans que poseía la virtud extramusical de aislar me de cualquier otra circunstancia, la cualidad pagana de liberarme de cualquier decisión, como si la existencia pudiese reducirse a teclas blancas y negras que sin embargo solo producían infinitos grises, y entonces el ring del teléfono –que ya no era un ring sino algo más pretencioso– irrumpió desmesurado, fantasmal, desde esa dimensión del mundo que yo ahora casi desconocía. Pensé que desconocía también la voz que estaba al otro lado, luego del impulso que me había llevado a pegar un salto e interrumpir el sonido del teléfono para que dejase de interrumpir, a su vez, aunque ya sin remedio, el vacío que paradójicamente me había ofrecido algo así como un refugio; pero solo era una voz desacomtumbrada, una voz que pertenecía a un pasado no muy lejano pero sí remoto, el del tiempo en el que pensé que podía escribir, es decir, que podía hacerlo sin intuir la estafa constante, sin

repugnarme a mí mismo por la impostura, los fuegos de artificio, a lo sumo la habilidad para apropiarme por un rato de los recursos o incluso las imposturas de otros.

Soy Bruno, dijo entonces esa voz que yo hubiese querido anclar en el pasado, que hubiese querido incluso desintegrar, pero lo que dijo a continuación quemaba irremediable en el presente: *Tengo que darte una mala noticia.*

Y yo sentí entonces varias cosas a la vez, si es que eso es posible. La primera fue el eco de su propia impostura, la de entonces y la de ahora, es decir aquella que nadie más que yo parecía ver y que convertía a los otros en apéndices fascinados de su presencia, de su rotunda materialidad, y esta que ahora simulaba denostar –sacrificar– toda distracción, todo asomo de vicio discursivo, y elidía –eludía– los prolegómenos haciéndose a un costado y permitiendo que la realidad se manifestara sin ambigüedades. Lo segundo que sentí, que intuí, fue que en algún lugar, naturalmente no del todo evidente para él, Bruno disfrutaba de darme esa noticia, como si le perteneciera y tuviese la generosidad de compartirla, pero asimismo sabiendo o creyendo que me dejaba más solo, al margen de las precisiones tal vez mínimas que poseyera respecto de mi vida, de ese departamento de la calle Pujol cuyo número al menos alguien le habría facilitado –¿por qué habría sido él, *justamente él*, quien había hecho la llamada?–, de mi gata a la que Bill Evans y Paul Motian y Scott LaFaro me habían hecho olvidar, de las páginas que no había escrito y sin duda ya no escribiría. Y también comprendí que sí, que uno podía sentir varias cosas al mismo tiempo, al menos varias tristezas, y yo me supe triste por Ana, y por todo lo que había habido y no entre nosotros, por las derrotas que se me habían hecho costumbre, por papá, cuyo recuerdo reaparecía con más fuerza cada vez que mi vida se asomaba a alguna clase de abismo, y desde luego por Julio, por él, por Julio aunque no todas las razones estuviesen tan claras. Pensaba en él, en él y en mí, todavía con el teléfono al oído pese a que ya nadie se hallaba del otro lado de la línea,

y entonces advertí que en algún momento, mientras hablaba con Bruno, quizá después de haber encendido la lámpara de pie, después de abrir el anotador y hacer garabatos hasta casi agujerear el papel, quizá con la mano todavía ligera, dispuesta a cualquier movimiento que la tentase, había volteado el rey de las blancas, haciendo del presente, de improviso, un mero eslabón en la cadena de mis pasados.



FACTOTUM
EDICIONES